

MARTES 10 MARZO DE 1896

EL BALUARTE

Número extraordinario

À LOS MÁRTIRES DEL TRADICIONALISMO

Mártires de una Causa santa, soldados de una Bandera inmaculada, fuisteis vosotros los que luchasteis con Fé inquebrantable y muristeis con Resignación sublime en los campos del honor, en defensa de Dios escarnecido, de la Pátria vilipendiada y del Rey sin fueros mayestáticos.

La Historia registrará vuestros nombres, como registra las gestas heroicas y mas que en sus áureas páginas quedan escritos con letras de sangre en todo corazón español.

La Religión piadosa os envia sus bendiciones redentoras, la España agradecida su aplauso y su recuerdo.

Vuestra obra es nuestra obra; vuestras ansias vehementes nuestra aspiración constante; vuestros deseos nuestros anhelos.

Pasasteis haciendo bien y abristeis en la tierra hispana un surco fecundo de virtudes y viril patriotismo, que cultiva con celo cuidadoso la comunión tradicionalista.

En esa negación de todo derecho y anihilamiento paulatino de toda institución que contemplamos con pena, vuestro recuerdo y vuestro ejemplo llevan aire oxigenado al impuro ambiente y energías al ánima angustiada por el espectáculo liviano de miseria y ruina tantas.

De cada labio español brota una bendición para vosotros y vuestra obra; en cada pecho teneis un altar á vuestra memoria dedicado.

Sobre vuestras tumbas deposita hoy la comunión tradicionalista y con ella la España castiza y genuina, una lágrima y una fúnebre corona de melancólicas margaritas y tristes siemprevivas.

BALDOMERO TRULLÁS.



DON MARCELINO GONFAUS Y CASADESÚS

MARISCAL DE CAMPO

En la historia de nuestras grandezas épicas y luchas homéricas hay escritos tantos rasgos de bravura y heroísmo, que esta cualidad preeminente ha pasado á la categoría de propiedad consubstancial del soldado español. En el corazón del soldado carlista, además de ese valor hidalgo, anida y se destaca otro sentimiento sublime y levantado: la fé y con ella una abnegación sin límite.

Hojeando las páginas de nuestras luchas se contemplan figuras eminentes, caracteres enteros, constituciones de bronceo temple y sacrificios llevados al martirio, abnegaciones infinitas, cuyo único objetivo viene vinculado á una idea fecunda, á la luz radiante de nuestro Credo y nuestra Causa.

De la verdad de nuestro aserto y de la exactitud en la aplicación del adjetivo, que calificando á otros hombres y otras cosas resultaría ridículamente hiperbólico, responde la persona y los hechos de nuestro biografiado, á quien se conoce más comunmente por Marsal.

Nació en Prats de Llusanés, Obispado de Vich, el día 11 de Junio de 1814: su cuna fué modesta y noble, ya que en ella aprendió las doctrinas y bebió, á la par del alimento materno, los fecundos principios, cuya practico y desarrollo habían de levantarlo á los sitios del héroe cristiano.

Aprendió en sus primeros años el oficio de tejedor que ejercían sus padres, y ya práctico en esta humilde industria, se trasladó á Bañolas, y desde esta población cuando apenas contaba 20 años

marchó á engrosar las filas de Carlos V, despuntando desde luego su fino espíritu militar y sus excelentes condiciones, que le valieron la merecida estimación de sus gefes.

Terminó aquella memorable lucha con el vergonzoso convenio de Vergara; y Marsal como tantos soldados de la legitimidad tuvo que buscar un asilo en Francia. En la vecina república no perdió nada de su fé, pues al abdicar Carlos V, en 18 de Mayo de 1845, la corona en favor de su hijo primogénito D. Carlos Luis, conde Montemolin, Marsal ofreció á este último su espada y su persona. Estimados sus servicios, fué encargado de preparar el levantamiento en las provincias de Gerona y Barcelona, encargo que cumplió con verdadera pericia y delicado tacto.

Entre sus hechos de armas merece citarse la acción del Pasteral, en la que alcanzó una señalada victoria sobre la columna del Coronel Ruiz, dispersada completamente por los voluntarios de Marsal, quienes á los mágicos gritos de ¡Viva la Virgen de Montserrat! y ¡Viva el Rey! cargaron con tal ímpetu que el enemigo volvió la espalda y en precipitada fuga se replegó en La Sella. En esta acción los soldados de la reina tuvieron muchas bajas.

Pasaron algunos dias y en ocasión en que Marsal entraba en el pueblo de Fornells, cerca de Gerona, con unos 100 caballos, cuando aún no se habían apeado los ginetes se ven acometidos por la columna del general Concha que el día anterior había salido de Bañolas, haciendo una contra-marcha. Repuestos de la sorpresa los voluntarios de Marsal y armados una mitad con trabucos esperaron al enemigo en la plaza y en cuanto penetra en ella el ayudante de campo D. Joaquin Aguilera y los oficiales Aguado, Villena y Ferreter que marchaban á la cabeza del escuadrón, reciben una descarga de la que quedan gravemente heridos esos cuatro valientes. Cruza la columna el pueblo persiguiendo á Marsal hasta el anochecer y luego que éste, conocedor del país, observa las falsas posiciones del enemigo, vuelve su gente grupas lanzándose sobre ellos á descarga cerrada y, sable en mano, la caballería carlista logra una completa dispersión acompañando á Concha y su estado mayor hasta las mismas puertas de la ciudad de Gerona.

Tambien merece mencionarse la acción de Aviñó en la que se cubrió de gloria el bizarro general Marsal. Llevaba el gefe de la columna liberal, Manzano, 800 infantes y 100 caballos, cuando atacado á la bayoneta por los carlistas al propio tiempo que Marsal con su

caballería se batía confundida con la enemiga, tuvo Manzano que rendirse quedando prisionero con 500 hombres. La noticia de este desastre causó tal impresión en Madrid, que el Capitan General de Cataluña Marqués de Mendigorria tuvo que dimitir el cargo y Marsal pudo ya libremente recorrer una buena parte de la provincia de Barcelona y toda la de Gerona, especialmente los pueblos del Llano de la Selva, donde contaba con buenas y numerosas simpatías.

No obstante estas sus brillantes victorias y singulares hechos de armas, como que no gozaba del triunfo ni se cebaba con los vencidos, le tenían los liberales en especial aprecio, como lo demuestra el siguiente hecho. En uno de sus encuentros, cogió prisionero al coronel Oráa, el cual fué tratado, según su propio relato, con todos los respetos que merece la desgracia. Mas que como prisionero, se le trató en calidad de verdadero amigo. Marsal le dió la libertad, despues de haberle llevado varios dias en su compañía, y agradecido el coronel á las deferencias que había recibido, dijo abrazando á nuestro héroe al despedirle: «Ahora y siempre y en todas circunstancias cuente con un verdadero amigo.»

Despues de tantos dias de gloria, le tenía Dios reservado uno de prueba. Marsal cae prisionero y es conducido é ingresa en las cárceles de Gerona. Esta ciudad dió con tan triste ocasión, muestra elocuentísima de sus simpatías para con el general carlista. Todas las personas influyentes, todas las autoridades trabajaron con celo para lograr el indulto del condenado á muerte. Sus loables gestiones fueron inútiles y Marsal fué puesto en capilla en unión del capitán Romero, distinguido oficial procedente del ejército. Cumplido el tiempo reglamentario, salieron de la cárcel los dos infortunados, camino del sitio en que debían ser fusilados, custodiados por numerosa escolta y acompañados del sacerdote que en el supremo momento les conforta con las esperanzas divinas.

Llegados al lugar fatal, se apean de la tartana y entrando en el cuadro formado por las tropas, cae muerto á los balazos del piquete, el capitán Romero, á quien se fusila en primer término como de menor graduación. En los críticos momentos en que Marsal se disponía á morir, las tropas se aperciben de un ginete que con el caballo á galope tendido se dirige hacia ellas y se esfuerza con señas en llamar su atención. Se suspende por un instante la ejecución y llega el caballero portador del deseado indulto para Marsal.

Este caballero era el coronel Oráa que había alcanzado la gracia de Doña Isabel y que pagaba de esta suerte la deuda de gratitud con Marsal contraída.

Salvado Marsal fué devuelto á la carcel, de la cual fué trasladado luego á la Ciudadela de Barcelona. En esta su peregrinación de prisión á prisión le siguieron varios compañeros entre ellos su secretario D. Jacinto Vives. Había la intención de embarcarles para alguna posesión española en Africa, librándoles de esta aviesa intención una amnistía general que se publicó á los dos meses de estar encerrados en el fuerte barcelonés.

Desempeñaba á la sazón la Capitanía general de Cataluña el general Concha, quién fijó su atención en el caudillo carlista, al que procuró suavizar la ruda aspereza de la prisión, permitiendo á la señora esposa de este último que le visitara y preparara la comida.

Tan pronto recibió el general amistad con verdaderas pruebas de afecto con el general carlista, le hizo empeñar la promesa de que asistiera por la noche y en el palco de Concha á la representación del Liceo.

Marsal cumplió su palabra, y por la noche asistió al Liceo y en el propio palco del Capitán general. Aquella unión, al parecer abrazo íntimo de dos generales enemigos, llamó extraordinariamente la atención, dando margen á mil suposiciones y fantásticas conjeturas.



Concha la orden de amnistía, la comunicó personalmente á los detenidos, invitando á Marsal á una comida en el palacio de la Capitanía. Este se excusó alegando los deseos que sentía de abrazar á su familia, excusa que fué aceptada por Concha, quien no obstante deseoso de estrechar su

Entre las distintas versiones que del hecho *inexplicable* circularon, pueden citarse las dos siguientes por tener ambos justificado fundamento: unos sostenían que Concha ofrecía á Marsal en el ejército isabelino los mismos grados y honores que disfrutaba en el carlista; otros barruntaban que muy importante debía ser la deuda de Concha, cuando tan significada era la satisfacción que recibía Marsal. Unos y otros andaban muy cerca de la verdad.

En efecto, Marsal oyó el canto de la sirena que le tentaba con ofertas halagadoras, pero como Ulises supo cerrar los oídos y mantenerse fiel á la bandera jurada.

Los segundos tampoco andaban descaminados, pues hallándose en cierta ocasión Marsal con su caballería muy cerca de Gerona, en el pueblo de Salt, en cuyo punto había llegado de noche y estaba preparando lo necesario para recorrer al día siguiente el llano de Gerona, se presentó Concha que había salido de la ciudad con su estado mayor para hacer una excursión é ignorando que Marsal estuviera tan cerca. No obstante como el general carlista tuviera aviso de la llegada de Concha, distribuye un escuadrón y le sorprende á poca distancia. Carga con ímpetu su caballería y en momentos en que Marsal tocaba con su espada al General Concha se vuelve éste, mira á Marsal y le dice: *La vida*. Marsal noble y generoso por costumbre le contesta: «váyase V. General que yo no me bato sin contrarios»; y tocando retirada la caballería carlista retrocede para el pueblo de Salt y Concha con su estado mayor regresa á esta capital.

Después del fracaso diplomático en el Liceo, comprendió Concha que no podría convencer á Marsal, y admirado no obstante de aquel carácter de hierro, que no se doblegaba ni á la lisonja ni al halago, le hizo presente de una rica espada, que fué llevada á casa de Marsal, que á la sazón habitaba en la calle de Flasaders, por un ayudante de Concha. La espada fué recibida por un asistente del general carlista, por hallarse este en Badalona visitando á unos amigos.

Aquella insistencia en reducirle á fuerza de obsequios á renegar de sus principios molestó profundamente á Marsal quien concibió el proyecto de abandonar la ciudad condal como mejor medio de escapar á aquellas enojosas oficiosidades, proyecto que hubo de realizar á la fuerza, pues Concha enojado por lo que en sus mientes liberales se le antojaba negra ingratitud de Marsal, ya que este no tuvo á

bien hacerle una visita gratulatoria por el regalo de la espada, dió orden de prenderle en donde le hallasen. Marsal se fué á Paris donde fué recibido por Carlos VI que le profesaba verdadero cariño y estimación.

Antes de llegar al infortunado término de su brillante carrera, séanos permitido citar dos hechos que demuestran su bravura genuinamente española el primero y el alto concepto que tenía del espíritu militar el segundo.

Hallábase un dia en Calella con su gente teniendo los caballos en las grandes cuadras del *Hostal* cuando se vió sorprendido por una columna enemiga. Mientras se le reunieron las gentes pudieron los liberales cercar el *Hostal* de manera que á los ojos de todo el mundo iba á ser copada la caballería de Marsal. Pero no sucedió así; porque con la tranquilidad y presencia de ánimo que le distinguía ordenó á su gente montar los caballos y mandando abrir la puerta de par en par dispuso que saliera en grupos de á cuatro disparando sus trabucos á la salida, con lo que sembró el pánico entre sus enemigos á los que causó numerosas bajas. Uno solo de los suyos quedó prisionero á consecuencia de haber resbalado el caballo que montaba.

En otra ocasión habiendo entrado en fuego en las inmediaciones de Riudarenas y Santa Coloma con la columna mandada por un coronel cuyo nombre omitimos, fué tal el pánico que se apoderó de los soldados por la furia del ataque que separándose el jefe de la columna se dirigió á Marsal para rendirse á discreción. Admirado Marsal de un proceder tan vergonzoso, increpa al coronel con esas palabras: «Vos no nacisteis para soldado español»: y dando órdenes para que se le quitara el traje de militar, le hizo vestir con sayas y pañuelo á la usanza de las mugeres del campo y lo puso en libertad.

Héroe magnánimo, tuvo la desgracia de no hallar la muerte gloriosa en los campos de batalla. Delegado régio para la organización del levantamiento de Cataluña en 1855, fué detenido por aleve traición y llevado á esta capital, que tenía en aquella fecha por comandante militar al coronel Ruiz, quien, sin duda para vengarse de la derrota sufrida en el Pasteral en el año 1848 y que mas arriba llevamos descrita, ordenó poner inmediatamente en capilla á Marsal, quien fué fusilado á las ocho de la mañana del dia siguiente 8 de Noviembre de 1855.

El sitio designado para la criminal ejecución fué el arenal de la

Puerta de la Barca. Como Marsal estaba herido de la pierna y de un brazo, fué pasado por las armas sentado en una silla, que aun se conserva en esta ciudad.

No se tuvo para él la conmiseración que hasta los pueblos bárbaros guardan á los prisioneros heridos ni estuvo en capilla las veinticuatro horas que previenen las leyes. Quizás el desdichado coronel Ruiz tenía miedo de que se le escapara la presa por el indulto, como en otra ocasión ó por un movimiento popular.

¡Que Dios haya perdonado á los crueles verdugos de nuestro mártir!

Buen carlista, murió Marsal como sincero católico, edificando con su resignación á todos los que le trataron en sus últimas horas. Asistióle espiritualmente el P. Juan B. Monturiol, religioso carmelita, el cual á la primera oportunidad dirigió á la viuda una tierna carta, que hemos tenido ocasión de leer, en la que consta el fervor cristiano de Marsal preparándose para su tránsito á la eternidad. A la carta acompañaba un *lignum crucis* y una medalla de la Santísima Virgen que siempre llevaba consigo y que un momento antes de morir entregó al citado religioso para que los trasmitiese á su viuda.

Sus restos mortales fueron trasladados del cementerio de esta ciudad al nuevo de Barcelona en Diciembre de 1887. Al verificarse la exhumación encontróse en el cráneo una de las balas que le ocasionaron la muerte, la cual fué recogida por sus allegados con ánimo de ofrecerla á Carlos VII, para que figure en el Palacio del Loredán en que se guardan tantos trofeos y recuerdos carlistas.

Como testimonio de que su sacrificio, lealtad y heroísmo no se han perdido en vacío de ingratitudes, transcribimos literalmente los siguientes documentos, que perpetuarán la memoria del insigne militar carlista:

(Hay un sello).—SECRETARÍA DE S. M.—Enterado el Rey N. S. (Q. D. G.) de cuanto hace Vd. presente en la exposición que con fecha 28 de Enero último eleva á sus reales manos con motivo de haber perdido su marido D. Marcelino Gonfaus, Brigadier de Caballería, fusilado por los rebeldes á su Soberanía, en Cataluña, el siete de Diciembre del año pasado mil ochocientos cincuenta y cinco, se ha dignado concederle la viudedad señalada á la clase de Mariscal de Campo, de la cual se hará á Vd. el abono cuando las

9

circunstancias lo permitan, desde el día siguiente al en que fué pasado por las armas dicho Brigadier Gonfaus.

De Real orden lo digo á Vd. para su inteligencia y satisfacción.—Dios guarde á Vd. muchos años.—Nápoles 27 de Febrero de 1856.—El Coronel Secretario de S. M., *Niceto Moñino*.

(*Sello Real*).—EL REY.—Deseando perpetuar la memoria de los brillantes hechos de armas verificados por el Brigadier de Mis Ejércitos Don Marcelino Gonfaus y Casadesús en favor de Mi Dinastía, y premiar á la vez sus esclarecidos servicios y el sacrificio que hizo de su vida,

Vengo en conceder á su viuda Doña María Soler y Martí merced de título de Castilla, bajo la denominación de «Condesa de Marsal», para sí y sus descendientes legítimos.

Mi Secretario de Estado tomará nota de esta Mi Real resolución.

Dado en Mi Cuartel Real de Tolosa á dos de Febrero de mil ochocientos setenta y seis.—YO EL REY.—A Doña María Soler y Martí, Condesa de Marsal.



RECUERDOS Y ESPERANZAS

La hermosa fiesta de oraciones y recuerdos estatuida para honrar la memoria de los héroes gloriosos que murieron en defensa de una causa que no muere, por llevar en las entrañas íntimas de sus constitutivos substanciales el espíritu vigoroso del Cristianismo, encierra una idea fecunda, un pensamiento luminoso, como venido del corazón que lo crea y anima con el calor del sentimiento.

Amores y esperanzas en ideales de redención, virtudes sin mácula cimentadas en la nobleza del móvil impulsor, heroismos y abnegación, estímulos y competencias en el sacrificio, el nervio y el brazo españoles, energías indomables y levantados sentimientos, cuanto de grande y sublime tiene la España, el mas noble pueblo del orbe, todas esas esencias purísimas del pasado flotaban en la atmósfera, esperando un cerebro y un corazón para su concreción en una forma humana, para influir con su incontrastable virtualidad en el desarrollo social de esa privilegiada Nación, que los diera luz para su honor y engrandecimiento.

Ellos, los mártires del tradicionalismo, merecieron bien de su Pátria y de su Dios, por la lucha de titanes que sostuvieron contra la revolución demoledora del Trono humano y del Altar divino. Su mano tenía la roja palma del martirio cristiano; sus sienes reclamaban la fresca hoja de laurel que ciñe la frente de los héroes pátrios.

Don Carlos de Borbón, el primer español, que siente con vehemencia todo el fuego de la bravura é hidalguía castellanas, templadas por la piedad cristiana, que llora y reza sobre la tumba de los que invadieron las lindes de la eternidad, dejando á su paso por esta tierra de abrojos una estela luminosa de virtudes y recuerdos; ha querido que sus súbditos vigorizaran el espíritu con la memoria de los venerables veteranos de la Legitimidad en entredicho y de la Religión atacada en sus cimientos indestructibles.

El hombre, ese admirable mundo en miniatura, supremo anillo que une la Creación con su Hacedor divino, dotado de una inteligencia que se abisma en escrudiñador análisis en las entrañas del globo que descompone, y se remonta á las excelsas alturas del cielo, en conjuntiva síntesis, para sorprender los secretos y medir matemáticamente los movimientos de los enormes soles suspendidos en el firmamento, lanzado solo á las inmensidades del tiempo y del espacio, representa mucho menos que el microscópico granito de arena en los vastos arenales del desierto, que la gota de agua perdida en los insondables abismos del Océano proceloso.

Solo el hombre, nada significa ni nada puede; su cerebro no tiene ideas ni su corazón sentimientos, el frío de la nada destruye su ser, que se estrella en el vacío de la impotencia.

Las sociedades modernas, conmovidas hasta en sus bases fundamentales por los sacudimientos formidables de una revolución deli-

rante, que aspiraba en los desvanecimientos del orgullo suicida á romper el lazo de todas las tradiciones y fundar sobre ideas quiméricas nuevas instituciones y nuevos derechos, se han visto arrastradas por la fuerza ineluctable del instinto conservador, á las ideas é instituciones del pasado, al cual estamos ligados indisolublemente como la derivación evolutiva al principio germinativo, como el fruto á la semilla y las sublimes concepciones de las ciencias á los axiomas fundamentales, origen de todos los sistemas del saber humano.

El hombre, para vivir la vida de los seres supranimales, necesita tar su espíritu en el pasado por el recuerdo y en el porvenir por la esperanza, abrazando de esta suerte el tiempo y el espacio.

A esta finalidad trascendente se encamina esta bellísima fiesta: honrar la persona y los hechos de nuestros antecesores legítimos con oraciones y plegarias y fortalecer el ánimo con las sublimes máximas que ellos profesaron y con la virilidad y entereza que las defendieron, para el mañana obscuro en que se hayan de reproducir todos aquellos ejemplos y recitar con la lengua y con el brazo aquellas lecciones.

Nuestra oración y nuestra plegaria subirá hasta el trono del Altísimo para impetrar el perdón de los hermanos, cuya alma ennegrezca una sombra de culpa liviana, y en premio de nuestra piedad recibiremos los efluvios divinos de las virtudes santas, para no sentir los desmayos de la cobardía en la defensa de la bandera incólume de la España tradicional.

Aquellos indomables caracteres, que han escrito en nuestra historia la epopeya legendaria del siglo diez y nueve, sentirán gozo inefable y satisfacción infinita, al contemplar como su Dios tiene cruzados valerosos, su Pátria gloriosos héroes y su Rey fieles soldados.

BALDOMERO TRULLÁS.



NUESTROS SUFRAGIOS

Todos los pechos nobles han aplaudido el acto de Carlos VII por el que ha instituído la que recibe el nombre de *Fiesta de los mártires*, en la que tantos sufragios subirán al trono de la Divina misericordia en favor de las almas de los mismos.

Y no es de extrañar esta general aceptación y aplauso que ha obtenido la noble idea de Carlos VII, por ser una idea y un acto muy grato al corazón.

En todos los pueblos se ha visto siempre un respeto y veneración especial para la memoria de los que han pasado ya á la eternidad; respeto y veneración que se ha manifestado de varias maneras, pero que los pueblos cristianos, las razas iluminadas por el faro esplendoroso de la verdad y á las que consta el lugar á que van destinadas las almas al salir de este mundo, han hecho consistir especialmente en sufragios; porque saben que es «cosa santa y saludable rogar por los difuntos».

Muy acertado ha estado, pues, Carlos VII, Jefe de esta raza jamás vencida que sostiene incólumes las tradiciones católicas en nuestra patria infortunada, al invitarnos para rogar por las almas de cuantos nos precedieron defendiendo los objetos mas amables y amados de nuestro corazón: el Altar y el Trono.

Ellos dedicaron á la defensa de los sagrados intereses de estas instituciones la mayor parte de su vida, sufriendo vejaciones, miserias, desprecios y toda suerte de trabajos antes que renunciar al amor á las mismas.

Muchos llegaron á la vejez sin que los halagos ni las amenazas les hicieran variar un ápice en su conducta. Otros en la primavera de su vida salieron de este mundo cuando comenzaban á dedicar sus esfuerzos á favor de tan santa causa. ¡Y cuantos ofrecieron no solamente sus luces, sus talentos y todo lo que tenían á la defensa de tan noble objetivo, si que tambien en ella derramaron la sangre de sus venas y dieron generosamente sus vidas!

Las cárceles, el destierro, los campos de batalla son mudos pero elocuentes testigos de cuanto han hecho los mártires de la santa causa, sin perdonar sacrificio de ninguna clase.

Muchos de ellos ocuparán con sus nombres y sus hechos un lugar preferente y distinguido en las páginas de la historia; de otros no nos queda el nombre, pero se perpetuarán sus hechos sirviéndonos de noble emulación y presentándose nos como ejemplar digno de imitar.

Pero Carlos VII no quiere que olvidemos á ninguno de ellos y que para todos y cada uno se apliquen nuestros sufragios, sin hacer distinciones ni exclusiones. Que nadie queda excluido en la mente de nuestro Jefe y á nadie excluiremos sus súbditos.

Desde los que sucumbieron luchando contra el Capitan del siglo, siguiendo por los que murieron en nuestras guerras religioso-políticas, y terminando en los que en Ultramar derraman su sangre en defensa de la Religión y de la Patria; todos estos hermanos nuestros participarán hoy de nuestras oraciones y para todos ellos habrá un recuerdo y un acto de agradecimiento.

Aunque en cada región, en cada provincia, en cada pueblo ocuparán un lugar de preferencia los nombres de sus hijos y de los que en ellos se distinguieron por sus hechos heroicos en defensa de la inmaculada bandera, en cuyos pliegues están escritos los lemas mas gratos á nuestros corazones.

Por esto los gerundenses, mientras por todos rogaremos, ensalzaremos especialmente los hechos y recordaremos los nombres de Alvarez de Castro, que supo tener á raya ante nuestros muros al vencedor de Europa y propagador en España de las doctrinas revolucionarias; á Marsal, notable guerrillero y distinguido organizador en la segunda guerra religioso-política; á Frigola, Cátazar, Aymamí y otros valientes, que con sus esfuerzos y hasta con su vida contribuyeron á salvar en cuanto fué posible los intereses de la Religión y de la Patria.

Y en justa correspondencia, seamos generosos y espléndidos en nuestros sufragios para quienes generosos y espléndidos fueron en defensa de la santa causa por la que dieron su vida.

Roguemos pues, por las almas de nuestros hermanos que murieron defendiendo los sagrados intereses del Altar y del Trono. Nuestras oraciones serán un refrigerio y alivio para sus almas y sumamente provechosas para la santa causa que defendieron.

Que la fiesta nacional de los mártires sea doble motivo de que se abran las puertas del cielo: para que á él suban muchas almas, y para que de él bajen abundantes gracias á nuestra España tan necesitada de ellas.

A.



Á NUESTROS MÁRTIRES



Yo quisiera escribir un poema
formado de notas,
de las notas que son mas sublimes
mas bellas y hermosas
y cantar, oh valientes soldados,
cantar vuestras glorias.

Mas no puedo, Dios mío, que es débil
muy débil mi acento,
solo, humilde, doblar mis rodillas
y elevar al cielo
la oración mas sublime y hermosa,
la del *Padre - nuestro*.

N. DE F.



REQUIESCANT IN PACE



El carlista, católico y cristiano, práctico antes que todo, animado de una fe inquebrantable hácia su Dios y su patria y de una obe-

diencia ciega hácia su R..., apesar de la premura del tiempo, ha respondido con su amor al deseo de éste, honrando la memoria de tantos compañeros mártires con la plegaria y con las lágrimas, la mejor ofrenda—sin duda—tan espontánea como sincera, que nace hoy del corazón carlista.

Se reirán los liberales de nuestra sencillez porque desconocen la nobleza de sentimientos; acaso su orgullo nos mire con cierta compasión, tal vez nos traten con desprecio poco recomendable; y si añaden á la sátira el insulto, la dignidad del carlista solamente quiere y sabe responder hoy rogando por el alma de todos los que murieron en la lucha.

La institución de esta fiesta civil-nacional eco fiel de la magnanimidad del corazón de Don Carlos nos retrata de cuerpo entero su grandeza de alma, el cariño que le merece el recuerdo de los que fueron y el amor y esperanza que tiene en los que viven hoy, para honrarlos mañana cuando muertos.

De todos los labios carlistas subirá hasta el trono del Altísimo, un sufragio para el alma que lo necesite, de todos los corazones una oración tierna y allá donde late un corazón cristiano, allá dominará el sentimiento convertido en amorosa lágrima dedicada á la memoria de nuestros compañeros.

Nos consta que se celebrarán muchas misas por otros tantos sacerdotes en cuyos lugares no fué posible celebrar un funeral espléndido; sabemos que en muchas casas particulares se aplicará la devoción del Santo Rosario, y nos enternecen de veras estas noticias.

Descansen en paz los mártires del Altar y del Trono y desde nuestro corazón elevemos al Eterno esta oración que nos inspira el sentimiento:

Dios Todopoderoso, Rey de cielos y tierra, Padre Misericordioso, escuchad y atended nuestra humilde súplica en favor del alma de NUESTROS MÁRTIRES; y por los méritos de vuestra sagrada Pasión y triunfante Resurrección, llevadlos á vuestra Gloria. Amen.

EMILIO.

EL GENERAL DON JAIME ORTEGA

(† en Tortosa el 18 de Abril de 1860).

Alta la frente, juvenil, serena,
 Le ví afrontar la postrimer batalla,
 E impávido acercarse á la muralla
 Del castillo á sufrir la última pena.
 Angustiosa opresion las almas llena
 De cuantos forman la movible valla.
 ¿Que alma de indignacion no estalla
 Ante el guobio vil de tal condena?
 Cae en sangre bañado de cuerpo inerte,
 El alma vuela vencedora al cielo
 Do la justicia y las Virtudes moran.
 Las logias solo aplauden esta muerte
 El Ebro gime con profundo duelo
 La antigua España y los creyentes lloran.

JUAN B. ALTÉS.



Un querido amigo nuestro de Barcelona nos escribe diciéndonos que la colonia gerundense residente en aquella ciudad, además de concurrir al funeral que en la iglesia de Nuestra Señora del Pino se celebrará hoy en sufragio de los que murieron en defensa del Altar y del Trono, asistirá mañana á la santa misa que en sufragio del alma de D. Marcelino Gonfaus, conocido por Marsal, se celebrará en la capilla del cementerio nuevo de la misma, cerca de la cual se hallan depositados los restos de tan distinguido guerrillero. A ella asistirá tambien la respetable hija de aquel aguerrido militar, doña Carmen Gonfaus, Condesa de Marsal, á la que desde estas columnas manifestamos nuestro profundo agradecimiento, por lo que ha contribuido á que pudiéramos publicar la biografía y retrato de su señor padre, con que hoy honramos las páginas de EL BALUARTE.